

cuadernos de música. Harvey se inclinó al oído de su hija :

— Es el pianista que acompaña á la cantante. Nuestra estrella no tardará en aparecer.

Miss Maud se aproximó al músico y le condujo al piano, que ocupaba todo un ángulo del salón. En estos momentos llegaron otros invitados y unas cincuenta personas se agruparon según sus simpatías. Estaba allí lo más florido de la colonia americana y, ciertamente, los millones de todos los que aquella noche se reunieron en casa de Julio Harvey hubieran bastado para pagar la deuda de un estado europeo. Estaban allí los reyes de los ferrocarriles, los príncipes de las minas de plata y los altos señores de la cría del carnero, del caballo y del cerdo, sin contar los soberanos del petróleo y de la construcción de vagones. Todo un Gotha de la gran industria, del alto comercio y del ag'o en grande escala.

Marenval, Vesin y Tragomer se colocaron en un rincón, cerca del hueco de una ventana, entre la puerta y el piano, donde no podía escapárseles nada de lo que iba á pasar en el salón. Sorege estaba al lado de la bella duquesa de Blenheim y hablaba con imperturbable serenidad. En este momento se abrió una puerta y un lacayo, dominando apenas el rumor de las conversaciones, pronunció estas tres palabras.

— Miss Jenny Hawkins.

En la puerta apareció la cantante, alta, esbelta, orgullosa, un poco pálida, pero con la sonrisa en los labios. Estaba vestida con un traje de damasco blanco adornado de encajes de oro. Un solo collar de perlas rodeaba su cuello y una peineta de brillantes chispeaba en su cabellera castaña. Con expresión imperiosa y casi amenazadora paseó una mirada por el auditorio como si buscara á los que debían atacarla y al que había prometido defenderla, y sus ojos pasaron sin detenerse por Marenval, Tragomer y Vesin, para detenerse interrogadores en Sorege. Este, siempre sonriendo, se levantó, atravesó el salón con admirable aplomo y fué á ofrecer el brazo á la cantante.

Los dos de pie, en medio de la concurrencia, parecían desafiar la suerte. La altiva frente de Jenny no se bajó y la cantante entró con paso firme en aquel salón, donde sabía que se iba á decidir su porvenir. Miss Maud y Harvey salieron á su encuentro y le dieron las gracias por su amabilidad en haberse prestado á complacerles. Y los tres fanceses, desde el rincón en que estaban reunidos, no pudieron menos de admirar el valor, la sangre fría y el orgullo con que aquella mujer desempeñaba su papel. Apenas un movimiento un poco rápido del pecho y un ligero temblor de sus hermosos ojos indicaban la angustia que la torturaba. Estaba en apariencia tan tranquila como la más indiferente de las invitadas de Harvey.

Tragomer eligió aquel momento para levantarse y saludar á la cantante. Jenny le vió aproximarse y un escalofrío recorrió sus carnes satinadas, pero no volvió siquiera la cabeza. Solamente al oírle dirigirle la palabra en inglés, hizo un movimiento de sorpresa tan perfectamente ejecutado, que Cristián se quedó lleno de admiración.

— ¡ Ah ! ¿ El señor de Tragomer, creo ? dijo.

Le ofreció la mano, que él estrechó, y con una soberbia tranquilidad y voz tranquila y pura, prosiguió :

— Hemos corrido bien los dos desde la noche en que nos conocimos...

— Usted ha obtenido nuevos triunfos, dijo Tragomer.

— Y usted hecho nuevas exploraciones. ¿ Ha sido usted dichoso en sus descubrimientos ?

Aquella frase de doble sentido fué dicha con tan fina ironía, que Cristián tembló. ¿ Qué garantías de seguridad tendría aquella mujer para burlarse así de él y en aquellas circunstancias ? Pero pensó que acaso intentaba intimidarle, y respondió :

— Pienso hacer á usted juez de esos descubrimientos, si es que le interesan.

— Á no dudar.

Hizo un saludo con la cabeza al joven y se dirigió al piano, acompañada por miss Harwey. Sorege fué á sentarse al lado de la chimenea y con los ojos cerrados pareció absorberse en una aten-

ción religiosa, pero no perdía de vista á la cantante. Se produjo un profundo silencio, el pianista preludió y Jenny Hawkins, como para acentuar el desafío lanzado á Tragomer, cantó el *Ave María* de Otello, que el joven había oído en San Francisco, en aquella velada memorable. La cantante detalló deliciosamente las angustias y las súplicas de Desdémona. Su pura y hermosa voz parecía haber ganado en flexibilidad y en extensión. Un murmullo de placer partió de la concurrencia y los invitados de Harvey, sin miedo de cometer una falta de distinción, aplaudieron con entusiasmo. Hasta los mismos *cow boys*, dominados por el encanto de la inspiración y estupefactos ante las sensaciones que experimentaban, desistieron de marcharse al salón de fumar, como habían proyectado.

El piano resonó de nuevo, y radiante con su traje blanco, de pie en medio del auditorio, al que dominaba por su belleza tanto como por su talento, Jenny Hawkins paseó una mirada de dominación por los concurrentes. Ahora cantaba las dolorosas quejas de la *Traviata*, cuando la pobre mujer siente que la muerte le roza con su ala. Los adioses á la vida, á la dicha y al amor se escapaban de sus labios en frases desgarradoras y melodiosas. De pronto y en el momento en que Jenny pronunciaba las últimas palabras y emitía con punzante sentimiento las notas de la cadencia

final, sus ojos se quedaron fijos, su cara se cubrió de mortal palidez, su brazo se levantó y trazó en el vacío un ademán de terror, la voz expiró en sus labios, y apoyada en el piano para no caer, la cantante permaneció inmóvil, aterradora en su actitud de trágico espanto.

Un hombre acababa de aparecer entre las cortinas de seda del salón. Y triste, pálido, demacrado espectro formidable y doloroso, la cantante reconoció á Jacobo de Freneuse. Los concurrentes, penetrados por aquel espectáculo y por la actitud de la artista, que atribuían á la inspiración, cuando no era sino terror, prorrumpieron en un transporte de admiración. Pero ya miss Harvey se había aproximado á Jenny Hawkins y cogiéndole la mano preguntaba :

— ¿Qué tiene usted, señora, está usted enferma?

— ¡Nada! balbuceó la cantante... ¡Nada!

Y con su mirada aterrada indicaba á la joven aquel personaje de pie, inmóvil y sombrío entre las cortinas de seda. El recién llegado sonreía ya, seguro de su poder, y no miraba á Jenny Hawkins. Sus ojos se habían fijado en otra cara cuyas deformaciones seguía con gozo cruel. Sorege, también de pie, se preguntaba si había perdido la razón ó si un milagro había hecho salir de la tumba al que él había metido en ella vivo. Él también había seguido la mirada de Jenny y visto al formidable visitante.

Se pasó una mano por la frente y dió un paso hacia atrás, como para huir, pero de repente vió á Tragomer y á Marenval que le observaban y tuvo la fuerza de pensar : « Me pierdo. Un poco de resolución y salgo de este mal paso. ¿Qué pueden ellos contra mí? Yo, en cambio, lo puedo todo contra él »... Al mismo tiempo el recién venido saludó con la cabeza á Tragomer, que salió á su encuentro, y los dos atravesaron el salón para dirigirse hacia el piano, donde estaban miss Maud y Jenny Hawkins. ¿Hacia cuál de las dos se encaminaban con paso tranquilo? ¿Hacia la dueña de la casa para saludarla ó hacia la cantante para perderla?

Viendo aquellos dos hombres venir hacia ella, Jenny dejó escapar un sordo gemido. Le pareció que su corazón dejaba de latir y que sus pupilas iban á apagarse. No veía y sus oídos no percibían más que ruidos vagos... Confusamente oyó la voz de Tragomer, que decía :

— Miss Maud, permítame usted que le presente á mi amigo sir Herbert Carlston...

Al oír estas palabras Jenny experimentó una sensación de alivio delicioso y un rayo de esperanza devolvió la claridad á su cerebro. ¿No habría sido juguete de una ilusión? ¿Por qué aquel hombre, que se llamaba Herbert Carlston, había de ser Jacobo de Freneuse? ¿No podía existir una semejanza extraordinaria y terrible? No se atrevió, sin embargo, á mirar al recién llegado, al que adi-

vinaba á dos pasos de ella, y dirigió los ojos hacia Sorege al que vió con terror tan alterado y tembloroso como ella.

En la angustia de su fisonomía vió que el desastre era inminente. ¿También él creía que su víctima había podido escaparse, á pesar de las precauciones tomadas y de las infamias cometidas? ¿No admitía que el Herbert Carlton pudiese ser otro que Jacobo? Ante aquella idea experimentaba tal sufrimiento por no saber á qué atenerse, que quiso, aun á riesgo de perderse, ver á aquel hombre, verle de frente, mirarle hasta el fondo del corazón para descubrir su pensamiento verdadero... Levantó los ojos y miró.

Al alcance de la mano, más pálido aún por aquellas emociones contenidas, y al lado de Tragomer grave y atento, reconoció á Jacobo. ¡Era él! Era aquella mirada, que conocía tan bien, aquel movimiento de los labios que tanto había amado, aquel perfume acostumbrado, que llegaba hasta ella. Se estremeció y, segura ya, esperó resignada su sentencia. No quiso ya resistir á la fatalidad. Una fuerza superior se imponía á ella y después de tanto luchar, de tanto huir, de tanto temer, se replegó sobre sí misma y, pasiva, ofreció la garganta al cuchillo, como la fiera que se ve cogida sin remedio.

Jacobo habló y ya la duda fué imposible.

— Doy doblemente las gracias al señor de Tra-

gomer, puesto que me ha hecho el honor de presentarme á usted, miss Harwey, y me ha procurado el placer de oír á la gran artista miss Hawkins.

— ¿Vive usted en Londres, sir Carlton? preguntó Maud.

— Hace una semana. Soy un pobre provinciano y llego de un país al que me habían llevado reveses de fortuna. Me encontraba solo, abandonado é infeliz, pero unos amigos se acordaron de mí y me han sacado de mi desierto. Juzgue usted, pues, de la alegría que experimento esta noche y de mi agradecimiento.

Su voz era tan triste, tan dulce, tan tierna, que Jenny se sintió transida de dolor. Pero su enterrecimiento no pudo durar mucho tiempo. Sorege, con una audacia que no debía retroceder ante nada, iba á meterse en la pelea y tomaba la ofensiva.

— Ha cantado usted divinamente, miss Hawkins, dijo mirando á sus adversarios con altivez, y comprendo el placer de este caballero...

Y al decir esto parecía interrogar á su prometida y solicitar una presentación. Miss Maud accedió á su deseo.

— Sir Herbert Carlton, un amigo del señor de Tragomer.

— Lo suponía, dijo Sorege con una ironía soberbia. ¿Pero miss Hawkins no nos hará el obsequio de cantar la segunda estrofa de esa preciosa melodía?

— Yo se lo ruego á miss Hawkins, añadió Jacobo.

Temblorosa ante aquella rápida sucesión de episodios, la cantante pasaba del temor á la esperanza y de éste á la desesperación con una rapidez capaz de agotar todas las energías. Sin embargo, luchaba todavía, y rígida, con su traje blanco, ninguno de los que la miraban hubiera podido sospechar la espantosa tempestad que se desencadenaba en el corazón de aquella desgraciada.

Nuestros personajes formaban en medio del salón un grupo compuesto de tres hombres y dos mujeres que hablaban con una calma y una corrección perfectas. Y, sin embargo, todos eran presa del terror ó de la cólera, sus corazones destilaban cólera y sus bocas contenían difícilmente las provocaciones y los ultrajes.

— Voy á cantar puesto que lo desean ustedes, dijo Jenny Hawkins.

— Colocarse, señores.

Miss Maud, cumpliendo la promesa hecha á Tragomer, cogió una silla y la llevó al lado del piano, á dos pasos de la cantante. Tragomer, Sorege y Jacobo, como si estuvieran de acuerdo, se dirigieron á la puerta de la estufa. Penetraron en ella y Sorege, sin vacilación, con una osadía que asombró á sus interlocutores, dijo :

— ¿Pero qué significa esta comedia, Jacobo? ¿Cómo tú, aquí, con un nombre falso y aparentando

no conocerme? ¿Qué quiere decir esa desconfianza? ¿Dudabas del placer que tendría en verte? ¿Por qué te has confiado á Tragomer y no á mí desde tu llegada?

En una frase la situación se planteaba claramente y sin ambages. Sorege era audaz, pero Jacobo no podía ya ser engañado, pues le conocía. Por eso contestó tan rotundamente como había sido interpelado :

— Estoy aquí con nombre falso, Sorege, porque soy un desgraciado que no puede llevar el suyo verdadero. Desconfío de tí porque sospecho que contribuiste á perderme y que estás dispuesto á hacerme traición.

— ¡Yo! exclamó Sorege. ¡Yo! tu amigo de la infancia, que ha llorado tu desgracia como si fuera suya...

— Y que continúa no haciendo nada para repararla, interrumpió bruscamente Jacobo. ¿Desde cuándo sabes que Jenny Hawkins es la misma mujer que Lea Peralli?

Jacobo le miraba de frente, pero Sorege no pestañeó.

— ¿Estás loco? ¿Quién? ¿Esa americana? ¡Lea Peralli! Bien sabes que está muerta. Te engaña una semejanza que á mí también me sorprendió. ¡Oh! Sé que existe un parecido increíble!...

Tragomer le interrumpió poniéndole la mano en el brazo, y le dijo con tristeza viéndole perdido :

— No mienta usted, Sorege. Bien sabe usted que me ha dicho que Jenny Hawkins era Juana Baud... No puede usted salir de este paso sino por la franqueza. Si ha cometido una falta, explíquela sin reticencias, pero no trate de negar, porque es inútil. Cada paso que dé ya en esa vía, le perderá más seguramente...

— ¡Me perderá! interrumpió Sorege con violencia. ¡Pero que extraño cambio de papeles! ¿Perderme yo, que no tengo nada de qué arrepentirme?

— Mientras que yo, añadió Jacobo riendo con amargura, he sido condenado como criminal, ¿verdad? Sí, Sorege, tienes razón. Si yo soy culpable, tú eres inocente.

— Pero, Jacobo ¿es posible? ¡Sospechas de mí! ¡Me acusas! ¿De qué?

— Voy á decirtelo puesto que tienes la audacia de preguntármelo, puesto que no has desaparecido al verme para esquivar tus responsabilidades, puesto que, contra toda verosimilitud, luchas todavía. Te acuso de haber sabido desde el primer momento la existencia de Lea, cuando me juzgaban por haberla matado. Te acuso de haber ido á declarar bajo la fe del juramento lo que sabías que era falso, acto que constituye un crimen para todo hombre honrado, pero que en ti, Sorege, mi amigo, mi hermano, como decías hace un momento, es la acción más baja y más cobarde que se puede co-

meter. Aquí tienes de lo que te acuso, puesto que deseabas saberlo.

Sorege soportó aquel terrible apóstrofe con absoluta firmeza. En realidad no le oía ni tenía necesidad de oírle. Sabía de antemano lo que le diría Jacobo y sólo pensaba en ganar tiempo para reflexionar. Sabe, pensaba, que Lea vive y que ha sustituido á Juana Baud. ¿Pero sabe que la muerta fué Juana? He aquí lo esencial. Si ese punto es todavía oscuro para él, nada hay perdido todavía. Lea está viva pero el vivir no es un crimen. Yo puedo haber sabido su existencia hace poco tiempo. Este es el plan. Y con rapidez maravillosa pasó á ejecutarle.

— ¡Locura! ¡Locura! Estás engañado por falaces apariencias. Si no dije nada en el momento del proceso, es porque no sabía nada. Tú has reconocido á Lea en Jenney Hawkins; también Tragomer la reconoció; pero yo estuve engañado más tiempo que vosotros y solamente al fin de mi viaje, cuando Tragomer me encontró en San Francisco, logré descubrir la identidad de la cantante. Pero he sido engañado como vosotros...

Mientras hablaba, Sorege seguía reflexionando y con la destreza de un hábil tejedor entrecruzaba los hilos de su intriga. Es preciso, pensaba, que yo salga salvo de aquí y que hable con Lea antes que ellos. Si lo consigo, le haré comprender que debe marcharse. Si ella desaparece, estoy salvado.

— ¡Tú! repuso Jacobo. ¿Tú engañado? No, Sorege. Por una razón que ignoro, tenías interés en no decir nada. Porque no voy tan lejos como pudiera ir, ¿comprendes? y no veo en ti todavía más que un amigo infiel que me ha abandonado en vez de defenderme. Pero si por tu desgracia hubieras sido cómplice...

La fisonomía de Jacobo tomó una expresión terrible, se levantó y resuelto, amenazador, dominando con toda la altura de su cabeza a Sorege encorvado y vacilante, añadió.

— Si has sido cómplice, será preciso que me pagues todas las torturas que he sufrido por tu causa, las oraciones de mi hermana desesperada, las lágrimas de mi madre, cuya vida has truncado...

La cara de Sorege, se contrajo, una arruga de amargura apareció en sus labios y con una rabia que ya no podía contener, dijo:

— ¡Basta ya de amenazas! ¡Demasiada paciencia he tenido ya! Si tu madre y tu hermana han llorado, ha sido por tus locuras y nadie es responsable más que tú. Si has sufrido, es porque habías cometido faltas imperdonables. Cesa ya de eludir las responsabilidades. ¿Acaso el presidio ha convertido milagrosamente en un santo á un desgraciado perdido por los vicios? ¿Porque fuiste condenado has adquirido el derecho de acusar á los demás? No prescindamos por más tiempo del sentido común. Hay aquí un hombre honrado trá-

tado indignamente, pero ese no eres tú. ¡Ya estoy cansado de sopartar tus ultrajes! Créeme, sé prudente y no abuses de la suerte que has tenido al poderescaparte. El ruido no conviene á todo el mundo. Más te vale vivir pacíficamente bajo el nombre inglés de que te sirves, que llamar la atención de un modo peligroso. Me has rechazado, Jacobo, cuando estaba dispuesto á servirte. Estoy libre de todo deber respecto á ti. Adiós.

Dió tres pasos hacia el salón y ya tocaba con la mano á la puerta cuando esta se abrió por sí sola y aparecieron Marenval y Vesín. Al mismo tiempo que ellos entró en la estufa un soplo de calor perfumado y un rumor de aplausos. Era que Jenny Hawkins acababa de cantar.

— Cierre usted la puerta, Marenval, dijo friamente Tragomer. El señor de Sorege querria despedirse de nosotros demasiado audazmente, pero nos cree más necios de lo que somos.

— ¿Pretenderéis obligarme? exclamó Sorege.

— ¡Obligar á usted! ¡Qué violento término! No, queremos continuar la conversación con usted delante del señor de Vesín, fiscal de la Audiencia de París — ¡tranquilícese usted! — en vacaciones, y nuestro amigo Mareval, á quien usted conoce bien. Cuantos más testigos haya de lo que hemos dicho y de lo que vamos á decir, mejor. Al contrario de lo que usted decía antes, estamos decididos á hacer todo el ruido posible. Jacobo no se conver-

tirá para siempre en Herbert Carlton á fin de imitar á Jenny Hawkins por medio de esta ingeniosa sustitución. No, Sorege; no caeremos más en sus artimañas. Está usted descubierto y en cuanto Jacobo hable una hora con Lea Peralli, estará en situación de confundirle á usted y de rehabilitarse, puede usted estar seguro.

Sorege hizo un ademán tan amenazador, que Tragomer se puso delante de Jacobo. Estaban cuatro al rededor de él y toda esperanza de escapar era ilusoria.

— ¡ Miserables! exclamó, abusais de la fuerza y del número para secuestrarme...

— ¡ Vamos allá! amigo, dijo Marenval; usted se burla. Llama usted secuestro á estar en una estufa deliciosa con personas bien educadas... Además, si usted quiere, vamos á llamar á miss Maud Harvey y á rogarla que le guarde á su lado hasta que miss Hawkins salga de esta casa y Jacobo con ella. En cuanto los dos se hayan marchado, tendrá usted toda libertad para entrar en los salones y cenar con los invitados de su suegro. No ponga usted, pues, mala cara y todo se hará correctamente.

Sorege pensó: « Si puedo estar libre dentro de media hora, aún podrá acaso arreglarse todo ».

— No tengo nada que temer, dijo. Hagan ustedes lo que les plazca. No tenía intención de alejarme de aquí, pero me han insultado ustedes,

me han violentado, y cuento con que me concederán una reparación si los que son honrados conservan un poco de valor...

Al hablar así miraba desdeñosamente á Freneuse y parecía provocar á Tragomer :

— ¡ Cuidado, Sorege! exclamó Jacobo. No seas muy exigente esta noche, porque acaso mañana te quede tan poco honor que sea hacerte una limosna el responder á tu provocación.

Freneuse cambió una mirada con su enemigo, saludó á Vesín y salió de la estufa. Jenny Hawkins, rodeada de admiradores y con la sonrisa en los labios estaba en medio del salón. Vió de lejos á Jacobo que venía hacia ella y se estremeció, pero no hizo un movimiento. Sus brazos cayeron á lo largo del cuerpo como muertos, y su abanico palpitó entre sus dedos como una mariposa herida. Jacobo se aproximaba con la mirada dura é imperiosa.

Atravesó los grupos y aproximándose á ella logró aislarla entre mis Harvey y él. Empezó por pronunciar algunas frases corrientes de felicitación y en seguida, seguro de que nadie le veía más que ella, dijo secamente :

— Vas á marcharte á tu casa y á esperarme. Dentro de media hora iré. Da orden de que me reciban.

Lea bajó la cabeza y respondió :

— Obedeceré.

— Está bien.

Retrocedió un paso y dijo sonriendo á miss Harvey :

— Nos ha dado usted esta noche una fiesta deliciosa, y miss Hawkins ha cantado de un modo divino.

XI

Jenny Hawkins acababa de entrar en su departamento de *Tavistock-Street*. En pie en medio del salón alumbrado por dos lámparas de encima de la chimenea, caído el abrigo hasta la cintura, despidió á la doncella diciendo que se desnudaría sola, y se puso á acechar en el silencio la llegada del formidable visitante esperado.

Un ruido en la calle, solitaria á aquellas horas ; un paso precipitado en la escalera y una mano impaciente que golpeaba la puerta. Lea atravesó el pasillo oscuro, y fué á abrir. Á la tenue claridad que salía por la puerta entreabierta, reconoció á Jacobo á pesar de traer el sombrero echado sobre los ojos y el cuello del gabán levantado hasta la nariz.

Freneuse entró bruscamente, pasó por delante de ella, se detuvo en el salón alumbrado, sin volverse siquiera para ver si ella le seguía, se quitó el sombrero y el gabán y apoyándose en la chimenea, miró fijamente á la que poseía el secreto de que dependía su salvación. Lea, aterrada pero más